

EL MIEDO A DECIR Y LAS VICISITUDES DE LA DESIDEALIZACIÓN EN EL ANÁLISIS DIDÁCTICO.

Dr. Pedro J. Boschan

El punto de partida de estas reflexiones fue la observación tan frecuente del “miedo a decir” de los candidatos y los miembros jóvenes, tanto para intervenir en las discusiones científicas como, cuando lo hacen, es preponderantemente citando a los autores consagrados, y relacionar este fenómeno con las vicisitudes de la desidealización en las terminaciones del análisis de formación.

Si todo proceso analítico implica una cierta medida de idealización, tanto por parte del analizante como del analista (es de desear que en proporciones muy distintas), lo esperable es que esta idealización pueda ser elaborada y modificada en el curso del análisis. La experiencia parece indicar que frecuentemente este proceso de desidealización progresiva se ve dificultada por diversas razones, y que ello tiene consecuencias desfavorables para todos los participantes, y con efectos sobre la institución de pertenencia. Son muchas las razones por las que este resultado deseable pueda no lograrse; justamente me propongo con esta ponencia abrir la discusión sobre esta hipótesis y de las posibles causas y mecanismos por los que esto pueda producirse.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR IDEALIZACIÓN?

Laplanche define idealización como el proceso psíquico mediante el cual se llevan a la perfección las cualidades y el valor del objeto. Señala que la idealización es un proceso que concierne al objeto; pero el objeto que se idealiza es tratado como el yo propio.

Melanie Klein lo describe como un proceso defensivo, paralelo a la escisión; a lo largo de su obra, la ansiedad persecutoria aparece como un correlato de la idealización; es decir para preservar la idealización, algo tiene que ser escindido y adquirir connotaciones persecutorias.

Ya Fenichel, en “Trofeo y triunfo” (1939) al hacer la primera referencia a la **identificación proyectiva**, señala que los niños retienen su creer en la omnipotencia mucho después de haber perdido el sentimiento de detentarlo ellos, atribuyendo la omnipotencia a sus padres, los mismos que han puesto límites a los suyos. Lo reemplazan por la ilusión de la omnipotencia parental; por identificación con ellos, luego reintroyectan o se sienten partícipes del poder que han proyectado. Los poderosos desvían la envidia y el desafío potenciales a través de promover esta identificación. Al no poder eliminar la figura parental investida de esta omnipotencia, el sujeto participa de ella, no mediante la fantasía de devorar al objeto, como en Tótem y Tabú, sino disolviéndose en él, siendo devorado por él. En cuanto a su relación con el análisis de formación, Charles Rycroft, en su fascinante artículo: *Why analysts need their patients transference* (2010)[1993] se pregunta porque algunos psicoanalistas logran adquirir su propia voz mientras otros resignan la suya a favor de otros que consideran mas poderosos y dotados de autoridad. Lo vincula con las vicisitudes de la desidealización en la finalización del análisis de formación.

Él habla de la aspiración (y a veces logro) de reemplazar a los padres originarios por otros elegidos por el propio sujeto en la figura de su analista de formación, recuperando así el sentimiento de omnipotencia infantil identificado proyectivamente en el psicoanalista o en otras figuras reverenciadas (por ej: las figuras idealizadas de los propios psicoanalistas); se identifican con el recipiente idealizado de esta proyección y así recapturan, reintroyectan, la omnipotencia infantil.

Rycroft señala que el candidato no puede eliminar a su didacta o desafiarlo ya que esto sería un impedimento para devenir analista. Pero puede permitirse disolverse en él y así participar del poder y la gloria que le atribuye. Sí disfruta del sentirse analista, llevar el estandarte de aquellos por los que se “hizo devorar” (es decir en los que se

disolvió y cuyas teorías deglutió), pero no devino una persona que hable con su propia voz.

Ferenczi en el “Problema del fin de análisis” (1928) describe los riesgos de empujar al paciente hacia una terminación prematura con el fin de evitarnos nuestro propio duelo por lo no logrado en el análisis y de este modo mantener la idealización del método⁽¹⁾ [si hubiera seguido...]. Señala como situación óptima: (Pág. 57) “El paciente se ha convencido por fin que el analista es para él un medio de satisfacción nuevo, pero siempre fantaseado, que no le importa nada en el plano de la realidad. Cuando poco a poco supera el duelo por este descubrimiento, se orienta inevitablemente hacia otras posibilidades de satisfacción más reales.”

Esta situación óptima que es infrecuente que se cumpla en los análisis comunes, [“si puedo aportar muchos casos de análisis finalizados de este modo les diré que no” dice el autor], tiene obstáculos adicionales en la situación peculiar de un análisis didáctico: la convivencia en un mismo ámbito, las dificultades de visualizar las falencias; y el hecho identitario que para poder reconocerse y ser reconocido como analista, el haber tenido un análisis de formación “suficientemente bueno” es un requisito esencial.

La discordancia entre lo que debiera ser el fin de análisis y lo que es, (sobre todo observada con una cierta distancia temporal) indica que la elaboración de la desidealización, una de las tareas esenciales del final de análisis y lo que define muchas veces su destino ulterior, condición de la transformación psíquica y el aprendizaje, y el poder **instalarse** en un rol de analista adulto, puede verse interferido por distintos factores. Existe la posibilidad que la idealización se vea desplazada a la institución analítica o sus figuras líderes.

LOS ANALISTAS Y LA IDEALIZACIÓN DEL ANÁLISIS:

Para ser y sentirnos psicoanalistas tenemos que haber idealizado el Psicoanálisis con los múltiples nexos que tenemos con él; nuestra disciplina nos demanda una muy intensa investidura libidinal. Muchas veces la preservación de esta idealización, sobre todo en medio de una paulatina desidealización del Psicoanálisis que se ha ido produciendo en la Cultura, tiene un alto costo narcisístico: para que el Psicoanálisis siga siendo ese objeto idealizado, debemos descalificar lo que no se ajusta a lo que se supone que debiera ser, como “no psicoanálisis” o “mal psicoanálisis” (por ejemplo: si como se decía en una época, el que ciertos pacientes no aceptaran tener cuatro sesiones por semana era porque no se los analizaba bien, a su vez debido a resistencias contratransferenciales del analista o su falta de convicción analítica, si a uno le ocurría eso debía ser porque algo fallaba en el propio análisis). Freud afirmó (1912) que el analista era un sujeto básicamente sano (a pesar de los notorios ejemplos entre sus discípulos por ej: de que ello no era así); la necesidad de sostener ese ideal narcisista llevaba a dictaminar como anómalos a los que no se ajustaban a ello. Es decir la necesidad de preservar la idealización de la “Salud Mental del Analista” lleva a la exclusión de los portadores de aquello que no se ajusta al ideal, y al temor persecutorio de verse uno entre estos excluidos. Habitualmente en las agrupaciones de psicoanalistas el descalificativo recae sobre otros, sean instituciones, o personas dentro de la propia institución; cuando este mecanismo proyectivo falla, el sujeto se autodescalifica, con el agregado que necesita ocultar esta autodescalificación para no verse excluido del medio autoidealizado (“no te derivan”: implica hacerse cargo de las descalificaciones disociadas y negadas a nivel institucional).

Por ello, el proceso de desidealizar el Psicoanálisis que da sustento a nuestra identidad, enfrenta al terror de la posibilidad de desintegración, anomia o exilio. Además la desidealización implica siempre enfrentar el riesgo de la hostilidad o la descalificación del conjunto que necesita mantenerlo, como lo señala Piera Aulagnier en “La violencia de la interpretación”; se corre el riesgo de transformarse en el depositario de lo que se disocia en aras de la idealización.

En el final de análisis ocurre una importante integración temporal; la ilusión de intemporalidad creada por y para el análisis cede su lugar al tiempo lineal, irreversible del proceso secundario, ligado a los duelos, la conciencia de finitud, la aceptación que la perfección esperada de lograr en el análisis⁽²⁾ no se logró en

1.- El ejemplo primigenio en la historia del Psicoanálisis fue el del “Hombre de los Lobos” (1918).

2.- Como puede verse en los indicadores que toma por ej: Rickman [1950] como criterios de alta: moverse libre entre pasado y presente, satisfacción genital heterosexual, tolerancia a la frustración sin defensas regresivas ni angustia, poder trabajar y no trabajar, tolerar los impulsos agresivos en uno mismo y en los demás, capacidad de duelo.

toda la medida esperada. En la dificultad de tolerar estos duelos por parte de ambos participantes de la tarea analítica, podemos hallar algunas de las interferencias en el proceso de desidealización.

La institución del análisis didáctico finalmente como un análisis completo como lo preconizara Ferenczi (y no unas pocas semanas para adquirir la convicción del inconciente cómo se planteó inicialmente), por una parte implicaba el reconocimiento que “el sujeto básicamente sano” podía no serlo tanto, por otra parte desplazaba sobre este análisis didáctico la idealización salutífera. El análisis didáctico tiene que haber sido “suficientemente bueno” para habilitar al analista a serlo. Ello creaba una situación en la que no se podía cuestionar las falencias del propio análisis sin auto-descalificarse como analista⁽³⁾.

De esta forma, los aspectos que pudieren haber sido traumáticos (abuso de transferencia, autoritarismo, justificación de condiciones leoninas) tuvieron que ser negados o racionalizados, con la distorsión en la percepción del análisis que ello implica, y el riesgo a transponerlas acriticamente al propio trabajo analítico-

La dependencia implícita en la relación analítica puede experimentar distintos tipos de vicisitudes luego de la finalización:

- el otro ya no hace falta, no existe más
- el otro es un elixir: dependencia absoluta e irrenunciable
- depender de las **capacidades** construidas en la interacción con el otro como OI, y libidinizar estas capacidades sin sobreidealizarlas como se lo ha hecho transferencialmente con las capacidades del analista.

El paciente en proceso de terminación, toma conciencia que su analista no siempre va a estar ni es seguro que siempre le sea útil; este aspecto idealizado puede quedar disociado a otro análisis, a otro analista; es decir se preserva la disociación cambiando de objeto.

Desde la perspectiva del analista, ser el receptor de la proyección del Yo ideal del paciente, confiere una ilusión de poder al que cuesta renunciar. Como ya lo advierte Freud en el capítulo VII de “Análisis terminable e interminable”, referido a las dificultades debidas a las características del analista⁽⁴⁾, “Cuando a un hombre se le confiere poder, es difícil que pueda renunciar a él”. En este capítulo Freud plantea claramente los riesgos y las atracciones que el poder otorgado por la transferencia implica para el analista, y por su intermedio, para el analizante, y el análisis.

Cuando el paciente atribuye al analista la capacidad de saber y entender lo que ocurre en su psiquismo y en el vínculo entre ellos, cuando acepta (aunque sea formalmente) renunciar a su propia facultad de seleccionar lo que va a decir y lo que va a callar, lo coloca imaginariamente en el lugar del sujeto supuesto saber; la renuncia por parte del analista a esta situación tan fascinante implica un esfuerzo importante. Esta fascinación del poder forma parte de la contratransferencia narcisista de la que nos hablara Ferenczi en 1924 en “Perspectivas del Psicoanálisis”. Ello se pone particularmente en evidencia en las etapas finales de un análisis logrado, en que la necesaria “destitución” del analista de ese lugar idealizado, de ese lugar de poder, evoca intensas resistencias en ambos integrantes del vínculo. Cuanto mayor haya sido la intensidad y compromiso mutuo en esa tarea, más difícil será aceptar esa destitución. Nuestra experiencia clínica nos muestra a menudo, cómo una idealización extrema o su negativo, la denigración, funcionan como defensas extremas frente a este difícil duelo. Sin embargo, Ferenczi (1928) remarca que el análisis debe ajustarse a las necesidades del paciente y debe “morir por agotamiento”.

En este sentido, el ciclo de reactivación sintomática que frecuentemente ocurre en las etapas finales de un análisis muchas veces funciona como pretexto para postergar esta finalización; permitiendo “rescatar” la ilusión de “completar” lo que ha quedado trunco. Otra modalidad de idealización es lo que podríamos denominar “retrospectiva”. Actualmente por ej: las condiciones tan diferentes de la asimetría que en otras épocas permitía

3.- Notablemente la primera descalificación de esta índole recayó sobre el propio Ferenczi, que de ser considerado por Freud “primum inter pares” “mejor analista que yo mismo” pasó a ser visto como el loco, cuyas ideas y escritos fueron proscriptos del pensamiento Psicoanalítico por muchos años. Recordemos que una de las críticas fundamentales que llevaron a Ferenczi a esta posición fueron las críticas a como Freud lo había analizado a él, críticas a las que Freud responde en Análisis terminable e interminable.

4.- “Entre los factores que influyen las perspectivas del tratamiento analítico y añaden a sus dificultades del mismo modo que las resistencias, debe tomarse conocimiento no solo de la naturaleza del yo del paciente sino también la individualidad del analista”.

imponer un encuadre bastante unilateralmente, son frecuentemente descalificadas comparándolas con esos “análisis de antes” que así, idealización mediante, se transforman en un pasado mítico, el “paraíso perdido de Milton”. Como sucede con los casos de Freud, que en los textos aparecen (salvo Dora) como análisis satisfactorios para su época, en los seguimientos demuestran haber sido bastante diferentes; experiencia que tenemos tantas veces cuando comparamos “el caso” o “la viñeta” utilizados en un trabajo con lo satisfactorio o insatisfactorio del resultado ulterior. Y no me refiero aquí a una concepción “*furor curandis*”, de obtener resultados maravillosos y gente perfectamente sana; sino a ver en que medida los cambios descriptos como satisfactorios en el propio trabajo se mantienen luego de terminado el tratamiento, o tienen un resultado importante en la calidad de vida del sujeto (Idealización y fin de análisis. Boschan 1990).

Quizás el ejemplo primigenio (aunque ciertamente muy atípico por las peculiaridades y distorsiones que la intensa relación afectiva que unía a ambos generaba) de lo que hoy podría considerarse un análisis de formación es el que realizara Ferenczi con Freud. Este lo consideraba “Finalizado pero no terminado” en parte debido a su brevedad (en total ocho semanas).

En Análisis terminable e interminable lo describe así: “*Esta iluminación crítica de su yo tuvo un resultado completamente exitoso. Se casó con la mujer que amaba y devino amigo y maestro de sus supuestos rivales. Así pasaron muchos años durante los cuales su relación con su antiguo analista se mantuvo sin nubes...*”⁽⁵⁾

Hasta aquí la descripción coincide con lo manifestado por Ferenczi en su correspondencia: “*Puedo establecer que estas tres semanas fueron las decisivas en mi vida. Hallo mi actitud psíquica hacia casi todas las cosas y personas completamente cambiadas. Hoy le he dicho a G. (su esposa) que devine otra persona, que quizás es menos interesante pero más normal. Señala: Los sentimientos de gratitud que le debo por su amable ayuda me permearán más y más, así lo espero*”. “*El análisis hace de un hombre que ha permanecido añorado, y por lo tanto libre de preocupaciones, en otro que realmente es conciente de todas sus responsabilidades*”.

Pero, prosigue Freud: “... **luego, sin ninguna razón externa detectable, sobrevino una perturbación,** [resaltado mío] el hombre que se había analizado entró en antagonismo con su analista y le reprochó el no haberle dado un análisis completo. Aducía que su analista debiera haber sabido y tomado en cuenta que una relación transferencial nunca puede ser puramente positiva; y debiera haber prestado atención a la posibilidad de una transferencia negativa. Su analista se defendió diciendo que en la época del análisis no había señal alguna de transferencia negativa. Pero aun si había descuidado detectar algún leve indicio de ella lo cual no sería imposible, considerando los estrechos horizontes del análisis en aquellas épocas tempranas-seguiría siendo dudoso si él hubiera tenido el poder de activar por su mero señalamiento, un tema (o cómo podríamos decir un “complejo”) mientras este no estuviera activado en el momento en el paciente mismo. Para activarlo el analista hubiera necesitado emprender alguna acción inamistosa hacia el paciente en la realidad. Por otra parte, no toda buena relación entre un analista y su paciente debía considerarse transferencia; también hay relaciones amistosas basadas en la realidad y que demostraron ser viables.

A su vez, Ferenczi en la entrada del 2 de Octubre de 1932 de su conmovedor Diario Clínico, en su última anotación poco antes de su muerte, lo describe así:

“... es que no fui valiente (y productivo) sino en tanto me apoyé inconscientemente sobre otra potencia, y que en consecuencia, jamás he sido “adulto”. Rendimientos científicos, matrimonio, lucha contra colegas muy fuertes -todo esto sólo era posible bajo la protección de la idea de que puedo en todas las circunstancias contar con este sustituto de padre. La “identificación” con la potencia superior, la repentina formación del Superyo, es el apoyo que me preservó en otro tiempo de la descomposición definitiva.

En una nota anterior 4/8/32 comenta: “Las ventajas de este modo engeguado de seguirlo [a Freud⁽⁶⁾] eran: 1) pertenecer a un grupo distinguido porque en tanto garantizado por el rey, esto me otorgaba dignidad de mariscal en jefe⁽⁷⁾ (Fantasía de príncipe heredero)”.

5.- Traducción del autor a partir de la Standard Edition, vol XXIII pags 221.

6.- Inclusión del autor.

7.- Recordemos que en su correspondencia Freud a menudo lo denominaba su “gran visir secreto”.

Evidentemente no puede compararse este análisis tan breve, en los comienzos del Psicoanálisis y carente de la neutralidad necesaria, con los análisis de formación que se realizan actualmente. Bien lo dice Freud en su comentario, "... si había descuidado detectar algún leve indicio de ella -lo cual no sería imposible, considerando los estrechos horizontes del análisis en aquellas épocas tempranas..."

Pero hoy, transcurrido casi un siglo desde aquél análisis, la necesidad de estar atentos a las transferencias que puedan estar enmascaradas por la idealización, y a algunas resistencias que la desidealización puede evocar en ambos miembros del vínculo analítico, es un compromiso que debemos asumir cómo un requisito ineludible para nuestro compromiso con el Psicoanálisis, y de este modo favorecer el surgimiento de **nuevas voces propias** que aseguren su vitalidad futura.

REFERENCIAS:

- Aulagnier P: (1975) La violencia de la interpretación Buenos Aires, Amorrortu, 1977. Fenichel O. (1939[1955]: Trophy and triumph En Collected papers, London, Routledge.
- Ferenczi S. 1924: Perspectivas del Psicoanálisis en Psicoanálisis vol III Espasa Calpe Madrid.
- 1928: El problema del fin de análisis op.cit vol IV.
- 1988 Diario Clínico Conjetural, Buenos Aires 1988.
- Freud S. 1918 De la historia de una neurosis infantil AE XVII 1937: Análisis terminable e interminable AE XXIII.
- Klein, M. (1952); Orígenes de la transferencia, en Envidia y gratitud y otros trabajos, vol. 3, pp. 57-69. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- Rickman 1950: On the criteria for the termination of an analysis Int.J.Psychoanal. vol. 31pags 200-1.
- Rycroft Ch 1993: Why analysts need their patients' transferences American .Journal of Psychoanalysis 70:2 Junio 2010 pgs. 112-118].

<http://www.apdeba.org/articulos/simposio2010-pdf/Boschan.pdf> Notas:

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE